

por eso has de omitir los medios prudentes para librarte de los males que te afligen, porque la misma voluntad divina que los ordena, dispone también que con discreción pongas los remedios para defenderte de ellos, dejando á su providencia el resultado de los mismos. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por lo que dejasteis de pedir, y que vuestro Padre os concediera, atendiendo más á la necesidad que teníamos de vuestra muerte, que al descanso de vuestra persona. ¿Estamos convencidos de la eficacia de la oración? ¿Nos resignamos debidamente con la divina voluntad?

**Punto 3.º** *Jesucristo sanó la oreja de Malco.*—Considera aquí un nuevo milagro que obró Jesús antes de su prendimiento, para descubrir la grandeza de su misericordia, el cual consistió en curar á Malco la herida que le había hecho san Pedro en la primera embestida, y esto lo hizo repentinamente y con sólo tocarla. Los motivos que indujeron al Señor á hacer esta curación milagrosa fueron varios; ya por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le quería hacer; ya por las entrañas de misericordia que tenía, doliéndose de que alguno, por su ocasión, recibiese daño; y ya también porque sus enemigos no tomasen de allí ocasión de hacer daño á sus discípulos, calumniándolos como á gente que resistía á la justicia. Mira qué bello ejemplo te da Jesús para mostrarte el modo de conducirte con tus enemigos, y el cuidado que has de tener de aquellos que están á tu cargo. Pondera luego el espíritu y significación de este milagro; porque sanar Cristo la oreja derecha, significa que por los méritos de su Pasión se nos ha de restituir el oído derecho del alma, que es la fe y la obediencia á lo que Dios revela y manda. Y puédesse creer que, como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma, este Malco, en recibiendo este beneficio, admirado del milagro y de la omnipotencia de Jesús, creyó en Él y quedó sano en el alma; y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa, llorando las injurias que se hacían á hombre tan santo y poderoso. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh Señor! Tocad el oído de mi alma, y sanadle con perfección, para que, dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndoos muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servir á Vos es reinar por todos los siglos. ¿Hemos aprendido de Jesús á volver á los enemigos bien por mal? ¿Somos dóciles y obedientes á las enseñanzas y ordenaciones de Dios?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué valor muestran los Apóstoles al ver el peligro en que se halla su Maestro divino! Están dispuestos á resistir á una muchedumbre bien armada y adiestrada, aunque hayan de perder la vida. ¿Tenemos nosotros este celo y fervor por la defensa de los intereses de Jesús? Mas, no quiere

Jesucristo ser defendido por sus Apóstoles con violencia y á mano armada, porque ha llegado el tiempo determinado por su Padre para entregarse á la muerte; y así, no sólo no consiente á sus discípulos el uso de las armas, como le pedían, sino que reprende amorosamente á Pedro, que, sin su consentimiento, arremetió á uno de los enemigos. ¡Qué sentencias tan admirables profiere! «Quien á hierro mata, á hierro muere»; el que con espíritu vengativo mata á su enemigo, tendrá la misma pena, si no se arrepiente. «¿El cáliz que me da mi Padre no le beberé?» Así, con estos ojos, mira Jesucristo el cáliz de su Pasión, como propinado por su Padre, como ordenado por el Padre más tierno y amoroso. ¿Cómo miras tú los trabajos? «Con hacer oración, bajarían doce legiones de ángeles para socorrerme». ¡Oh eficacia de la oración! ¡Oh poder de la divina caridad, que se priva de hacer oración, por no impedir su sacrificio! Buena prueba de ella te da Jesús en la curación de Malco, volviendo bien por mal, la salud por la muerte que le querían dar. Vuelve sobre ti mismo, y al contemplar los admirables ejemplos de Jesús y sus divinas enseñanzas, mira cómo celas por la gloria de Jesús y por la defensa de sus intereses. ¿Estás dispuesto á perder la vida antes que ofenderle y consentir que los demonios le maten en tu corazón? ¿Cómo te portas tú con tus enemigos? ¿Te arrebatara alguna vez el espíritu de venganza? ¡En cuántas ocasiones merecerías la reprehensión que dió Jesús á Pedro! Trata seriamente de cambiar de proceder, haciendo para ello resoluciones muy eficaces, y perdiendo la gracia necesaria para cumplirlas.

## 29.—PRENDIMIENTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Habida la licencia, los soldados se arrojaron sobre Jesús y le ataron; los Apóstoles, acobardados, huyeron.

PRELUDIO 2.º Representate al escuadrón de soldados arrojándose sobre Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar las virtudes de Jesús.

**Punto 1.º** *Jesús reprende á sus enemigos y se deja prender.*—Considera cómo, llegado el momento en que Jesús había de ser entregado en manos de sus enemigos, antes de darles licencia, quiso reprenderles la forma con que habían venido á prenderle, diciendo: «¿Como á ladrón habéis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada día estaba con vosotros en el templo enseñándoos, y no me prendisteis; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas<sup>1</sup>». Sobre estas palabras debes ponderar primeramente, cómo el inocentísimo Jesús fué tenido y tratado como ladrón, y como á tal vinieron á prenderle; y es de creer que con esta voz iban los soldados gentiles á ello; lo cual permiti-

<sup>1</sup> Luc. xxii, 52.

tió su Majestad, para que tú no te desconsueles ni aflijas, si alguna vez eres tenido en bajo concepto y juzgado reo de crímenes que no has cometido. Pondera luego la reprensión tan amarga que da Cristo nuestro Señor á los pontífices y sacerdotes: «Cada día estaba con vosotros en el templo, enseñándoos, y no me prendisteis». Que fué decir: ¿Este pago me dais por el continuo trabajo que me he tomado en enseñaros, tratando como á ladrón al que siempre ha sido vuestro Maestro? ¿Cuán mal pagamos á Jesús las enseñanzas que nos da, los sacrificios que hace, y las penas que tolera por nuestro amor! Medita, por fin, aquellas sentidísimas palabras: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas»; por las cuales el Señor dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos, y á los demonios, cuyos ministros eran, para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad, no con limitación de reservar la vida como á Job<sup>1</sup>, sino con plena potestad de quitársela á fuerza de tormentos; lo cual ha de moverte á grandes afectos de compasión y dolor, viendo entregado á tu Señor á enemigos tan crueles por tu causa. ¡Oh amantísimo Jesús! Gracias os doy por esta caridad tan grande que mostrasteis en querer entregar vuestro cuerpo y vida á los poderes del infierno, para librar de ellos á mi alma. Yo, yo, Señor, era el que había de ser entregado á ellos; pues yo he sido el que pequé; mas vuestra caridad quiere pasar por esta pena, para librarme de la culpa. Suplícoos, Dios mío, me libréis de su furia, para que ni en esta vida ni en la otra caiga en sus tinieblas. ¡Oh alma ingrata! ¿No te compadecerás de Jesús, al verle tan infamado por tu amor? ¿Harás todavía caso de los juicios de los mundanos?

**Punto 2.º** *Virtudes de Jesús en su prendimiento.*—Habida la licencia apetecida, el escuadrón de soldados arremetió furiosamente á Jesús para prenderle; y es de creer que con aquel ímpetu darían con Él en tierra y le pisarían boca, rostro y todo el cuerpo, hollándole con rabia increíble. Luego le levantarían del suelo con gran violencia, y, como dice el Evangelista<sup>2</sup>, le ataron. En este lastimoso hecho has de ponderar las excelentes y heroicas virtudes de Jesús, para imitarlas, compadeciéndote de los trabajos que padece. La primera virtud que descubre es extremada humildad: mira cómo está debajo de los pies de los más viles hombres y es pisoteado por ellos, el que tiene su asiento sobre los querubines y serafines; si fué grande su humildad en el lavatorio de los pies, cuando se puso de rodillas ante el mismo Judas para lavárselos, ¿cuánto mayor es la que muestra en esta ocasión? La segunda, fué invencible paciencia, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse; ni siquiera tenía movimiento de ira ó indignación alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos

<sup>1</sup> Job., 1, 12. — <sup>2</sup> Joan., XVIII, 12.

que hacían por haberle prendido; antes, doliéndose de la ofensa que hacían á Dios, ofrecía sus mismos trabajos para que les fuese perdonada. Mas, sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras con más facilidad que Sansón rompió las suyas, no quiso hacerlo, porque Él mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, adonde merecíamos estar atados de pies y manos. ¡Oh amabilísimo y amorosísimo Jesús! ¿Quién pudiera atar vuestras manos, si vuestro amor primero no las atara? ¡Oh manos generosísimas y poderosísimas, que poco ha repartisteis á los vuestros el pan del cielo, y nunca estuvisteis atadas para hacer bien á los hombres! ¿Por qué os dejáis atar con tanta crueldad? Gracias os doy, Señor mío, por esas ataduras, por las cuales os suplico me atéis de modo que nunca me aparte de Vos.

**Punto 3.º** *Los Apóstoles, viendo á su Maestro atado, huyeron, dejándole solo.*—Los once Apóstoles, viendo á Jesús en manos de sus enemigos, huyeron atemorizados, dejándole solo, á causa del excesivo miedo y cobardía que de ellos se apoderó. Pondera cómo los que poco antes habían recibido de Cristo tantos favores y oído tan saludables consejos, y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban aparejados para morir con Él, olvidados de todo esto, se escandalizan en viéndole preso, y le desamparan y huyen, no solamente con el cuerpo, sino también con el espíritu, ó perdiendo la fe ó titubeando en ella. Los pies que poco antes habían sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huída tan cobarde. El corazón que había sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fe, arraigada con la vista de tantos milagros, se obscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones. ¡Ah! ¡Cuán poco se puede fiar de los hombres, cuya condición es acompañar al amigo en la vida y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad y huir de él en tiempo de adversidad! En la persona de estos discípulos mírate á ti mismo, que en tiempo de paz blasonas y presumes, y, en viniendo la guerra y contradicción, huyes; sigues á Cristo al tiempo de partir el pan y cuando te regala, y huyes de Él cuando se ha de beber el cáliz y cuando te aflige. Considera también el vivo sentimiento que tendría el buen Jesús cuando vió derramado su rebaño y el escándalo que padecía, y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos; entonces diría aquello de David<sup>1</sup>: «Mis conocidos se

<sup>1</sup> Psalm. LXXXVII, 9.

alejaron de Mí,uviéronme por abominable, como hombre aborrecible: fui entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria. ¡Oh Amado mío! ¡Quién pudiera acompañaros en esta hora, siendo preso con Vos, de modo que unas mismas sogas ataran vuestras manos y las mías! Esto quiero que sea mi honra, estar atado con Vos; no permitáis caiga en tal locura, que tenga por abominación al que es todo mi consuelo y santificación. ¿Hemos nosotros caído en la cobardía de los Apóstoles, abandonando á Jesús? ¿Cómo nos portamos en las pruebas que nos afligen?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh crueldad endemoniada de los judíos! ¡Oh mansedumbre inefable de Jesús! Acababa el Señor de hacer dos milagros estupendos delante de los mismos que venían á prenderle; les recuerda los beneficios singulares que les venía dispensando tres años hacía, enseñándoles la verdadera doctrina en su mismo templo: mas, todo esto no ablanda aquellos corazones rabiosos, ávidos de apoderarse de Jesucristo como si fuera el más insigne malhechor; y al momento que les da permiso, diciéndoles que había llegado su hora, á manera de un río que se desborda, arrójanse furiosamente sobre Él, le tiran por el suelo, le huellan con rabia, le atan con crueldad inaudita, y se preparan para llevarle con gran algazara al tribunal que ha de fallar su muerte. ¡Oh cuán admirable es la humildad de Jesucristo! ¡Cuán invencible su paciencia! ¡Cuán incomprendible su caridad! ¡Dios á los pies de los hombres, y de los hombres más infames y viles! ¡Dios sufriendo tormentos horribles, sin quejarse ni defenderse! ¡Dios atado con cadenas por sus mismas criaturas! ¿Qué harían los ángeles que desde el cielo miraban tal escena? ¿Qué diría el Padre Eterno, viendo al Hijo de sus complacencias tratado como un ladrón? Y nosotros, ¿qué hacemos? ¡Ah! Quizá imitamos la cobardía de los Apóstoles, que, al ver preso á su Maestro, huyeron despavoridos, acrecentando su dolor. ¿Nos hemos portado de esta manera? ¿Seguimos á Jesús así en las penas como en los consuelos? ¿Imitamos su humildad profunda, su paciencia inalterable, y, sobre todo, su encendida caridad? ¿De qué medios debemos valer nos para practicar tales virtudes? Reflexionémoslo bien; y, haciendo firmes propósitos al efecto, roguemos al Señor nos ayude para cumplirlos, y nos socorra benéfico en todas las demás necesidades.

## 30.—JESÚS ES LLEVADO Á CASA DE ANÁS.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> Jesús fué llevado con crueldad á casa de Anás, el cual le preguntó acerca de sus discípulos y doctrina, á lo que contestó el Señor con gran libertad.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Representate á Jesús atado delante de Anás, y á éste preguntándole.

PRELUDIO 3.<sup>o</sup> Pide compasión de los trabajos de Jesús y gracia para imitar sus virtudes.

**Punto 1.<sup>o</sup> Trabajos que padeció Jesús desde el huerto á la casa de Anás.**—Considera cómo el escuadrón de soldados, con su tribuno y los ministros de los judíos, luego de haber atado á Jesús, le llevaron á casa de Anás, suegro del pontífice de aquel año, Caifás. En este camino padeció el Señor graves dolores, porque era llevado de sus enemigos con gran crueldad, tirando de Él por las sogas, dándole golpes y empujones, haciéndole ir aprisa, medio corriendo, y tropezando y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados. Acordárase este Señor de la última vez que caminó á Jerusalén con sus discípulos, yendo muy aprisa delante de ellos, para significarles las ganas que llevaba de padecer<sup>1</sup>. Y al verse ahora sólo y con los discípulos huidos, rodeado de sus crueles enemigos, se le aumentaría el dolor. Pondera también la fatiga que sentiría el cuerpo tierno de Jesucristo, por razón del sudor de sangre que poco antes había tenido; púdesese creer que, con la grande furia que le llevaban, se tornarían á abrir los poros, y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga. También, al pasar el arroyo Cedrón, quizá tropezaría en aquellas piedras, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazón<sup>2</sup>. ¡Oh cuánto cuestan á Jesús nuestros extraviados pasos y repetidos tropiezos en la virtud! Medita, además, la grande ignominia de Cristo nuestro Señor en este camino, siendo llevado como ladrón con gran vocinglería; y especialmente, al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarían el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando con gran orgullo la presa que llevaban. ¿Y no te compadece tú de los dolores, cansancio y afrentas de este Señor? ¿No te avergüenzas de las muchas veces que, cansado de servirle, te has convertido en su enemigo? ¡Oh Redentor mío! ¡Cuán diferente entrada es esta en Jerusalén de la que hicisteis el domingo pasado! En aquélla iban con palmas en las manos en señal de vuestra victoria; en ésta van con espadas y lanzas en señal de la suya: en aquélla levantaban la voz para alabaros; en ésta alzan el grito para vituperaros é injuriosos: en aquélla tendían sus capas por el suelo para que las pisaseis; en ésta

<sup>1</sup> Marc., x, 32. — <sup>2</sup> Psalm. cix, 7.

tiran de vuestra ropa, y os la rasgan, y os llevan á pie y medio arrastrando. ¡Oh mudanza de los hombres contra su Dios! ¡Oh paciencia de Dios en sufrir tales hombres!

**Punto 2.º** *Es preguntado Jesús acerca de su doctrina y de sus discípulos.*—Considera en este punto los desprecios que recibiría Jesucristo en su entrada en casa de Anás. Allí se habían juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley, como personas á quienes tocaba calificar la doctrina de Jesucristo, á quien el pueblo llamaba profeta; y como todos eran sus enemigos, y juntamente eran letrados soberbios, en viendo á Cristo, comenzaron á escarnecer y mofar de Él, mostrando grande regocijo en verle preso y humillado; para que se vea cómo la ciencia que hincha da principio á los desprecios de Cristo, en castigo del pecado de Adán, que tuvo principio del apetito de la ciencia, queriendo saber, como Dios, el bien y el mal. ¡Ay de aquel que, estando dotado de sublime talento y adornado con profunda ciencia, no se funda en la virtud de la humildad! Mucho debe temer la amenaza del Señor que dice: «Perderé la prudencia de los prudentes, y reprobaré la sabiduría de los sabios». Pondera luego la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo nuestro Señor, con ánimo de calumniarle; sin duda le preguntarían qué doctrina era la suya; si era contraria á la ley de Moisés; si era doctrina del cielo y habida por revelación; cuántos discípulos tenía; quiénes eran; dónde estaban. Todo lo cual oía Cristo nuestro Señor con grande humildad y mansedumbre. De donde has de sacar afectos grandes de confusión propia y de compasión de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, Él en pie como reo; ellos con insignias y borlas de doctores, y Él maniatado con insignias de malhechor. ¡Oh Doctor excelentísimo! Vos, que, siendo de doce años, estabais sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles con admiración de todos, ¿cómo ahora estáis en pie en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos? ¡Ah! Si grande y divina fué la sabiduría que mostrasteis entonces con las respuestas que disteis, no es menos admirable la que mostráis en las que ahora dais, sufriendo las ignominias que de ellas resultan.

**Punto 3.º** *Respuesta de Jesús á la pregunta de Anás.*—Considera cómo á la pregunta del Pontífice respondió Jesús diciendo: «Públicamente he hablado al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde concurrían todos los judíos, y nada he dicho en secreto, pretendiendo que lo fuese; ¿para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho». Acerca de esta respuesta has de ponderar primeramente cómo Cristo, aunque preso y maniatado,

1 Cor., 1, 19; Isai., xxxix, 14; Abdías, 8.

do, no estaba acobardado en este concilio, sino con grande libertad de espíritu, que procedía de la santidad de su vida y de la verdad de su doctrina; porque la conciencia que se funda en santidad y verdad es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sabios y grandes del mundo. Esta conciencia y libertad santa has de procurar para ti, al modo que después la tuvieron los Apóstoles, imitando á su Maestro. Mira luego la prudencia de Jesús en no querer decir, en particular de su doctrina, qué tal era, porque sabía cuán mal recibida había de ser la verdadera respuesta; sino remitióse á los que la habían oído, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos presentes hacía testigos de ella. ¡Oh cuánta es la fuerza de la doctrina de Cristo, que á todos sus enemigos hace enmudecer! Tampoco quiso decir una palabra de sus discípulos; porque, como habían dado mala cuenta de sí, ni los quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y demás de esto, como algunos contemplan, estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás; y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su Maestro. Todo lo cual afligía no poco á nuestro Salvador. ¡Oh Maestro amantísimo! No permitáis que yo desdiga de la lealtad que os debo como fiel discípulo, afrentándoos con mi mala vida delante de vuestros enemigos, para que no os avergoncéis Vos de confesarme por vuestro delante de vuestro Padre y de sus ángeles. ¿Es nuestra conciencia recta delante de Dios? ¿Y nuestras palabras y enseñanzas se fundan en la verdad? ¿Contribuimos con nuestros pecados á confundir á Jesús ante sus enemigos?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué dolores tan acerbos, qué fatiga tan extremada y qué injurias tan graves sufrió Jesús en el trayecto desde el huerto á casa de Anás! Sus enemigos, con rabiosa crueldad, le tiran de las sogas, llevándole medio arrastrando y tropezando á cada paso; su cuerpo, extenuado por el cansancio y debilitado por el sudor de sangre, suda de congoja, y los desaforados gritos de la soldadesca lo anuncian á los habitantes de Jerusalén como al más odioso criminal. ¡Cuánto sufre Jesús! ¡Y todo por nosotros! Es presentado á Anás, suegro de Caifás, queriendo hacer á aquél esta obsequiosa deferencia á costa del Señor. Los letrados de la ley y los ancianos se han dado cita en aquella casa, y tomando la palabra Anás, principia á interrogar á Jesús acerca de su doctrina y de sus discípulos. ¡Qué soberbia tan repugnante! Un hombre vilísimo quiere convertirse en censor y juez de la doctrina de la misma Sabiduría eterna; y, estando Jesús en pie y maniatado como reo, él está sentado como juez y condecorado con insignias de doctor. Mas, toda su altanera ostentación no puede acobardar ni imponer al Señor, el cual está

delante de Anás con la mayor serenidad y libertad de espíritu, contestando sólo á aquellas palabras y á aquellas cosas á que en su divina sabiduría ve que conviene contestar. Y así nada dice particularmente de su doctrina, dejando que contesten por Él los que la habían oído y estaban presentes; tampoco habla de sus discípulos, porque no convenía, atendido el triste proceder que habían tenido. ¡Oh, quién supiera imitar el espíritu de sufrimiento, la humildad, la libertad santa y demás virtudes que nos enseña Jesús! ¿En qué cosas podemos y debemos imitarle? ¿En qué disentimos de Él? ¿Cómo sufrimos los desprecios del mundo? ¿Nos repugna el último lugar? ¿Cuándo seremos verdaderos imitadores de la santidad de Jesús? Miremos lo que nos importa proponer y hacer; y luego de conocido, pidamos fervorosamente por nosotros y por todos los demás.

### 31.—BOFETADA DE JESÚS Y REMISIÓN Á CAIFÁS.

PRELUDIO 1.º Un ministro del pontífice dió una bofetada á Jesús, el cual, en esta ocasión, se defendió modestamente; luego fué remitido á Caifás.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús recibiendo la terrible bofetada.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te dé paciencia en las injurias, y moderación y prudencia cuando hayas de defenderte.

**Punto 1.º** *Circunstancias de la bofetada que recibió Jesús.*—Habiendo contestado Jesucristo con entereza á la pregunta que le hizo el Pontífice acerca de su doctrina, uno de los ministros le dió una bofetada, diciendo: «¿Así respondes al Pontífice?» Esta bofetada fué la primera injuria que recibió Jesús en casa del Pontífice por mano de sus ministros, y fué tan señalada, que san Juan quiso hacer de ella especial mención. Pondera las circunstancias que tuvo. Lo primero, fué cruel, dada por un sayón encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacía placer á todos los circunstantes. Lo segundo, fué afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales, y á una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salía tal resplandor, que movía á reverencia á los que le miraban sin pasión. Lo tercero, fué injusta, porque se dió por venganza, y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedido contra la autoridad del Pontífice. Lo cuarto, fué con aprobación y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con Él otro tanto. Mira con dolor el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe

<sup>1</sup> Joan., XVIII, 22.

de este sayón, sonrosado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron con ella, y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien desean mirar los ángeles. ¡Oh Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia! ¿Quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? ¡Oh Padre eterno! Mirad el rostro de vuestro Hijo, señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues Él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que Él sufrió por ellos. ¡Oh cristiano! ¿Qué sientes al ver á tu Maestro abofeteado? ¿Has hecho tú otro tanto con tus pecados?

**Punto 2.º** *Jesús, para defenderse, da razón de su respuesta.*—Considera cómo Jesús, con admirable calma y serenidad, respondió al siervo que le insultó: «Si hablé mal, da testimonio de ello, y si bien, ¿por qué me hieres?» En lo cual has de ponderar primeramente la admirable paciencia y mansedumbre que Jesús conservó en su ánima, recibiendo tal injuria; aunque este malvado merecía que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, como se secó la mano de Jeroboán porque quiso asir con ella á un santo Profeta<sup>2</sup>; y aunque fuera fácil á Cristo nuestro Señor castigarle con estas ú otras penas semejantes; pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado á recibir otra bofetada en el otro carrillo, y otras muchas sin cuento. Pondera luego cómo Jesucristo, que sabía bien callar y disimular sus afrentas, esta vez, con grande mansedumbre, quiso dar razón de sí, porque no entendiesen que había pretendido injuriar al Pontífice, y de camino, tácitamente, corrige al injuriador, para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello primero que me castigues, pues no eres juez, sino testigo; y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razón, y me notas de descortés y descomedido? Y con ser esta razón tan concluyente, no fué admitida ni se hizo caso de ella, para que aprendas tú á tener paciencia cuando no fueren oídas ni admitidas las tuyas, ni se hiciere caso de ellas. ¡Oh! ¡Si tú imitases en tus injurias la mansedumbre y paciencia de Jesús! ¿Te defiendes acaso con espíritu de venganza? ¡Oh amantísimo Jesús! Bien se ve que fué propiedad vuestra hablar siempre bien, y que en vuestra boca nunca se halló engaño<sup>3</sup>, diciéndose de Vos con toda verdad<sup>4</sup>: «Nunca así habló hombre alguno»; gracias os doy por la injuria y dolor que padecéis hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concededme, Señor, que siempre hable lo que os agrade, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

<sup>1</sup> Hebr., 1, 3. — <sup>2</sup> III Reg., XIII, 4. — <sup>3</sup> I Petr., II, 22. — <sup>4</sup> Joan., VII, 46.